

Notas del Mes

Atenea y las Letras Chilenas

En el diario *A MANHA* de Río de Janeiro, encontramos con la firma del conocido escritor Mario Méndez Campos, el siguiente elogioso juicio acerca de nuestra revista que nos complace en traducir y reproducir en su totalidad:

«El ciclo evolutivo de la cultura chilena hállase estrechamente vinculado a la institución del régimen universitario, siendo de notar la coincidencia histórica de dos acontecimientos culminantes en 1842: la fundación de la Universidad y la creación de la famosa «Sociedad Literaria», iniciativa de los estudiantes del Instituto Nacional, presidida por don José Victorino Lastarria, cuyo discurso, en 3 de mayo de 1842 constituyó el punto de partida inicial del moderno movimiento literario chileno. La labor cultural de la Universidad, bajo la dirección de Andrés Bello fué uno de los factores decisivos del desenvolvimiento intelectual del país, en el campo de las ciencias y de las letras. El historiador Barros Arana, que fué su Rector a fines del siglo XIX reivindica para el prestigio de los servicios de la institución, al lado de otros méritos, la verdadera creación de la historia nacional, a través de las memorias elaboradas por los maestros universitarios que lanzaron los núcleos de vigorosa escuela histórica que continuó prosperando en el presente siglo con Domingo Amunátegui, Ricardo Donoso, Luis Galdames, Feliú Cruz, Alejandro Fuenzalida, Thayer Ojeda, Agustín Edwards. Por otra parte la llegada de los emigrantes argen-

tinios, con Sarmiento y Alberdi a la cabeza, y la actividad periodística alimentada por vivas polémicas contribuyeron igualmente al movimiento renovador que tuvo su fiel expresión en el discurso de Lastarria reproducido en el «Boletín del Instituto Nacional». El sentido nuclear de esta famosa oración está expresado con nitidez lapidaria: «Fuerza es que seamos originales: tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad».

El llamado a la emancipación de las fuerzas espirituales vuelve a repetirse con singular intuición americanista: «La naturaleza americana tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza con que le brinda».

Luis Durand se refiere de este modo al adalid de la emancipación cultural de su país: «Los escritores chilenos le deben a Lastarria la inspiración de su actitud ejemplar y orientadora. Acatando sus ideas han interrogado a la naturaleza de Chile; persistiendo en el anhelo de reflejar en el arte literario, ese venero inagotable de belleza que contiene y que él fué el primero en destacar».

Las ideas del maestro germinaron y se desarrollaron al impulso de las fuerzas vivas espirituales de escritores impregnados de un nuevo sentido de creación estética, con raíces en la tierra y en el alma chilenas. Como expresión culminante de la novela realista en la segunda mitad del siglo, se destaca Blest Gana, considerado como fundador de la novela chilena, «una verdadera fuerza de la naturaleza escribiendo», según la metáfora de Ricardo Latcham.

En los primeros lustros del siglo XX un fuerte impulso de renovación literaria dió fuerza creadora al pensamiento chileno gracias al florecimiento en la novela de la escuela «criollista», inspirada en el paisaje y en la vida nacional, reflejada con

la más palpitante realidad en las obras de Latorre, Maluenda, Espinoza, Federico Gana, Guillermo Labarca y Fernando Santiván.

Aun hoy la literatura chilena tiene en las universidades uno de sus focos de radiación viva, principalmente a través de sus publicaciones: «Anales de la Universidad de Chile», bajo la inteligente dirección de Adolfo T. Mandiola, «Revista Universitaria de la Universidad Católica de Chile» y «Atenea», Revista de Ciencias, Letras y Artes, editada hace veinte años por la Universidad de Concepción.

Por las páginas de «Atenea» desfila selecta galería de ensayistas, historiadores, poetas, críticos, novelistas, a través de cuya obra se evidencian la inteligencia, la cultura y la sensibilidad chilenas, nutridas de robusta savia nacional y magnífico fervor americanista. En incompleta reseña anotamos aquí algunos nombres:

Enrique Molina, Rector de la Universidad de Concepción y una de las grandes mentalidades de la cultura continental, que le debe una serie de ensayos filosóficos y pedagógicos, entre los cuales mencionaremos: «Por los valores espirituales», «Confesión filosófica», «La herencia moral de la filosofía Griega», «De lo espiritual en la vida humana», etc.

Domingo Melfi, ensayista y crítico, y autor de «Estudios de Literatura Chilena» y «El hombre y la soledad en las sierras Magallánicas». En este último Melfi estudia el desolado paisaje de las islas australes, la lucha titánica del hombre con la implacable naturaleza, la historia dramática de la colonización, todo esto envuelto en densa atmósfera de poesía, gracia a su estilo de insuperable valor plástico. Y además se revela crítico literario de aguda percepción en sus «Estudios de Literatura», admirable síntesis de las letras chilenas examinadas en sus aspectos fundamentales.

Arturo Torres Rioseco, profesor de Literatura de la Universidad de California y autor de «Novelistas Contemporáneos

de América», estudio de la novela americana a través de sus figuras representativas. Corren insertos en «Atenea» algunos de estos notables ensayos relativos a la obra, de proyección continental, de don Rómulo Gallego, Mariano Azuela, Eduardo Barrios, Edwards Bello, José Eustasio Rivera, Ricardo Guiraldes, Benito Lynch.

Pino Saavedra, traductor de Rilke, ensayista de perfeccionada cultura, nos dió en su estudio «Personalidad de Rainer María Rilke» una conmovida y comprensiva exégesis del gran poeta. Clarence Finlayson, pensador y crítico literario, y el más profundo intérprete de Neruda, de cuya obra hace completo estudio relativo a los elementos que informan el numen poético del cantor de «Residencia en la tierra. En su ensayo «El paisaje en Pablo Neruda», nos muestra cómo el poeta, hijo del sur lleva consigo el cuadro de su paisaje nebuloso, que tiene siempre el mar como fondo, «ese mar del sur, inmenso y tremendo, infinito para el poeta». En «El problema de la muerte ontológica y la poesía de Pablo Neruda», analiza la terrible tragedia del poeta, angustiado entre la concepción materialista de los ciclos cósmicos y la fuerza trascendental de los elementos metafísicos. Luis Durand, es cuentista consagrado y ensayista, cuyos trabajos «Visión de Sarmiento», «Impresión Galdosiana», y otros, confirman las raras dotes que definen el perfil del escritor de «Presencia de Chile». Milton Rossel, crítico literario de aguda sutileza, enriquece la substancia material de «Atenea», con sus ensayos relativos al actual movimiento de las letras chilenas. Francisco Santana, poeta contemplativo deslumbrado frente al paisaje de la tierra, del mismo paisaje meridional que ha fascinado a Neruda, y Juvencio Valle ha publicado numerosos comentarios de crítica y sagaces ensayos. Benjamín Subercaseaux, novelista y ensayista y autor de «Chile o una loca Geografía» y «Contribución a la realidad», ha escrito ensayos sobre diversos temas de realidad chilena. Hernán Díaz Arrieta, después de rápida incursión por los domi-

nios de la poesía y de la novela se ha dedicado íntegramente a la crítica literaria, conquistando en 1940 el premio «Atenea» con el libro «Alberto Blest Gana». Amanda Labarca, autoridad en asuntos pedagógicos. Alejandro Vicuña, ensayista, historiador, conferencista, espíritu nutrido de auténtica y profunda cultura, biógrafo consagrado a través de sus biografías psicológico-históricas o «Biografías humanizadas». Sady Zañartu, biógrafo de Lastarria; Armando Donoso y Miguel Luis Rocuant, polígrafos; Miguel Luis Amunátegui Reyes, eminente filólogo; Raúl Silva Castro, crítico literario. En la ficción novelística tiene Chile uno de los más ricos acervos de la literatura americana, principalmente a partir de los comienzos del presente siglo XX que se caracteriza por un decidido entusiasmo nativista en la expresión literaria de la tierra y del alma chilenas que han encontrado fieles intérpretes en las novelas de la generación de 1900. Mariano Latorre, es uno de los jefes de ese movimiento criollista, desde sus primeros libros «Cuentos del Maule» y «Tierra de Cóndores», escritor en cuya obra hay un característico contenido vital de selva nativa que el crítico David Perry define «Naturaleza viva y personajes reales, tierra y alma, espíritu y paisaje, hombre y ambiente, trasmutados en arte a través de un vigoroso temperamento de escritor. En esta misma generación a que pertenece Latorre se incluyen otros grandes novelistas de la tierra, fascinados por el paisaje y por la vida rural: Januario Espinoza, Fernando Santiván, Federico Gana, Rafael Maluenda, Guillermo Labarca. Pertenecen a la misma generación otros notables novelistas preocupados de la investigación psicológica y la realidad del dinamismo social: Orrego Luco, Baldomero Lillo, Eduardo Barrios, Edwards Bello.

El escritor Juan Uribe Echeverría, actualmente en nuestro país en viaje de estudio, señala a Augusto D'Halmar como jefe de la corriente «imaginista», que se inspiran en temas que sobrepasan las fronteras geográficas.

La nueva generación de cuentistas y novelistas de la tierra está representada por Leoncio Guerrero, fiel a las corrientes de inspiración nativista: Rubén Azócar, cuya novela «Gente en la Isla» retrata paisajes y costumbres del Archipiélago de Chiloé y le ha valido fama de «uno de los mejores narradores chilenos», según la expresión de Milton Rossel; Francisco Coloane, inspirado en el paisaje terrestre y marítimo de las regiones australes que Latorre llama «cuna del viento y de la nieve y también de una raza vigorosa y esforzada»; Juan Marín, escritor de complejas dimensiones estéticas, médico, poeta, novelista, autor de ensayos psico-analíticos («el complejo de Byron y el incesto»), ensayos de filosofía médica («Los fundamentos filosóficos de la medicina hipocrática») ha conquistado su prestigio de novelista con varias obras entre las cuales «Paralelo 53 Sur» contiene la realidad chilena expresada en los paisajes meridionales y en el drama real de las vidas humanas: «gran novela, suma de las tierras magallánicas, a las que opera en carne viva», según la frase de González y Contreras; Juan Godoy, creador de la corriente literaria *neo criollista* angurrientismo, movimiento de esencia chilena y cultural de que forman parte valores representativos de la nueva generación como Fernando Alegría, crítico literario, Claudio Indo, Jorge Millas y Víctor Franzani, poetas, Edmundo de la Parra, cuentista.

En el grupo de novelistas preocupados por la moderna realidad social se incluyen entre otros Eugenio González, Lautaro Yankas, Carlos Sepúlveda Leyton, Nicomedes Guzmán, Modesto Castro, Reinaldo Lomboy. Entre los cuentistas y novelistas que reflejan la sensibilidad moderna, atentos al análisis introspectivo, se destacan María Luisa Bombal, Teófilo Cid, Braulio Arenas, Guillermo Koenenkampf y otros.

La poesía chilena, de riquísimo contenido, ostenta en nuestros días algunos de los valores más altos de la lírica continental: Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Angel Cruchaga, Rosamel del Valle, Vicente Huidobro, Samuel Lillo, Pablo de Rokha.

Además otros nombres componen la magnífica corriente lírica chilena del presente: Juvencio Valle, atento a la sugestión de los elementos naturales y cuya poesía «es la más bella creación panteísta de la estética chilena», al decir de Francisco Santana; Julio Barrenechea, autor de «Rumor del Mundo» poeta de suave y diáfana sensibilidad en cuyo arte el crítico Durán Cerda señala «un extraño sentido para percibir levísimos estímulos recónditos tangibles solamente para su privilegio»; Juan Guzmán Cruchaga, una de las más altas voces de la lírica chilena incluido en la generación poética del segundo decenio de este siglo, período que marca la aparición de la plenitud de los más altos valores de la poesía chilena, con Neruda, la Mistral, Huidobro, Rokha, Lagos Lisboa, Angel Cruchaga, Préndez Saldías, González Bastías; Félix Armando Núñez, poeta venezolano, residente en Chile, autor de «Canciones de Todos los Tiempos» cuyo arte alcanza a categorías estéticas de alta significación trascendental», según la frase de Jorge Herrera; Pedro Prado, novelista y poeta en cuyo libro «Otoño en las dunas» los críticos chilenos señalaron la revelación plena de profunda experiencia poética; Carlos Acuña, autor de «Baladas Criollas» inspiradas en el paisaje y en la vida de la provincia de Maule, celebrada ya en la prosa de Latorre, tierra que Ricardo Latcham nos muestra como manantial de auténtica poesía y donde nació y se desarrolló con Max Jara, Acuña, González Bastías y Lagos Lisboa una de las más intensas corrientes líricas de Chile: Díaz Casanueva, cuyo poema «El Blasfemo Coronado» inaugura una atmósfera lírica, un nuevo cauce a las corrientes de la poesía iberoamericana» con palabras de Francisco Santana: Alejandro Reyes, en cuyos poemas «Motivos del Puerto» vibra la emoción del poeta fascinado por el mar; Aldo Torres Púa, en cuyos versos Angel Cruchaga advierte «grave consistencia y elevación trágica»; Oscar Castro, cuentista y poeta, cultor del romance y cuyo «Responso a García Lorca» alcanza la densidad de la emoción poética: Andrés Sa-

bella, crítico y poeta de quien «Atenea» ha publicado un bello estudio sobre la evolución de la poesía chilena, «Crónica mínima de una gran poesía»: Omar Cerda, laureado con el libro «Porvenir de Diamante», de cuya altitud lírica es primorosa revelación el poema «Tebaida»; Juan Negro y Roque Esteban Scarpa, de acendrada sensibilidad consagrado en concurso; Carlos René Correa, crítico y poeta y Nicanor Parra, delicado cultor del romance.

Pero no se limita a estos valores de plena realización poética el caudal lírico chileno, continuamente enriquecido por otros poetas cuyos libros ya nos aseguran un positivo relieve en la poesía nacional; Gerardo Seguel, Wáshington Espejo, Antonio Undurraga, Víctor Castro, Baeza Flores, Meza Fuentes, Carlos Poblete, Francisco Donoso, Merino Reyes, Luis Oyarzún, Oreste Plath, poeta y crítico, Jorge Millas, poeta y ensayista, Juan Arcos, Victoriano Vicario, Víctor Franzani, Hernán Cañas, Antonio Massis, Julio Moncada, Claudio Indo, Enrique Gómez, Gustavo Osorio, etc. La poetisa Mila Oyarzún, en reciente estudio de síntesis crítica trata el proceso evolutivo de la poesía femenina en Chile, rica en ejemplares representativos; Gabriela Mistral, María Bombal, Olga Acevedo, Whinett de Rokha, Estela Miranda, Gladys Thein, Silva Ossa, Stella Corvalán, Chela Reyes, Amanda Amunátegui.

Nada más justo que el concepto de Uribe Echeverría relativo al esplendor de la poesía chilena: «No hay en país alguno de idioma español un equipo que supere al de los actuales poetas chilenos contemporáneos».

Este número de nuestra revista

Obligada por circunstancias enteramente ajenas a su voluntad, nuestra revista no pudo publicarse en el mes de junio, siguiendo en el orden invariable que desde hace más de veinte años preside sus entregas mensuales. Una larga huelga de los